

ménos exactitud á las sesiones del Senado. Cierta dia en que le contradijo Hervidio Prisco, se expresó de este modo: *Nada tiene de particular que dos senadores profesen una opinion distinta.* Incapaz, á pesar de todo, de todas las ocupaciones serias, dejaba el cuidado de los negocios á sus validos Valente y Cœcina, que le habian dado el imperio, y á Asiático, su compañero de libertinaje. Acaso es fuerza imputar á sus sugerencias la sangre con que se manchó Vitelio y el asesinato de su propia madre. Habiendo encontrado una lista de las personas que habian pedido á Oton recompensas por haber tomado parte en el homicidio de Galba, condenó á todos á muerte, no tanto por castigo de lo pasado, como por prenda de seguridad para lo venidero.

Su principal ocupacion se reducía á inquirir nuevos medios de aguzar el apetito. Haciendo cinco comidas cotidianas, todas costosamente servidas, se convidaba á sí propio á desayunarse á casa de un amigo, á comer á casa de otro, á merendar á casa del tercero, á cenar á casa del cuarto, todo en un mismo dia, y habia competencia acerca de quién le trataria más opíparamente. Pero su hermano Lucio superó á todos los demas, sirviéndole dos mil platos de pescados y siete mil de aves, lo más exquisito de todos los países del mundo. El mismo emperador inventó un plato llamado el escudo de Minerva por su amplitud prodigiosa, y que reunia los manjares más á propósito por su delicadeza para halagar el paladar ó el capricho. Habia allí sesos de faisanes, hígados de escarros, lechecillas de lampreas, lenguas de aves raras de mil colores, sacadas de la jaula á cierta hora, sorprendidas las hembras en sus nidos, los machos durante su sueño, atendido que la agitacion hace de su hígado un manjar sabroso. Habia además huevas de peces sacados de los lagos por el mismo método que se empleaba para pescar las perlas; otros peces enviados á Roma dentro de la misma agua en que se les habia cogido; setas cuyo nacimiento se acechaba en el curso de húmedas noches: frutos embarcados con el tallo y la tierra donde brotaban, á fin de que, al cogerlos César con sus manos, recibiera las primicias de su perfume y de su borrarilla. Por donde quiera que transitara era necesario tener manjares prevenidos; de otro

modo se arrojaba sobre cuanto podia llevar á su boca, devorando hasta las ofrendas depositadas sobre los altares de los dioses, y en pocos meses se engulló 900.000 sextercios. Tambien se disipó mucho dinero en mandar construir cuadras, en dar carreras, espectáculos de fieras y de gladiadores; en hacer celebrar últimamente, en honor de Neron, espléndidas exequias con gran júbilo del populacho, y con profunda indignacion de las gentes honradas.

Las noticias de Oriente llegaron, no á turbar, sino á interrumpir sus inmundos solaces. Habiendo sabido la muerte de Neron, mientras hacia la guerra á los judíos, Vespasiano envió á Tito, su hijo, á felicitar á Galba; pero informado en el camino del fin de aquel principe y de la lucha empeñada entre Oton y Vitelio, retrocedió camino para exhortar á su padre que se enseñoreara del poder que se disputaban aquellos dos rivales. Creyéndose las legiones de Oriente con derecho para imponer un soberano al universo, á semejanza de las de Germania y de la Galia, fijaron naturalmente sus ojos en Vespasiano: sus sesenta años, la idea de que iba á jugar su porvenir y el de sus hijos en una tentativa, cuyo desenlace era el trono ó las gemónias, le hicieron titubear por algun tiempo; por último, permitió que le proclamaran emperador. No vacilaron en jurarle obediencia las provincias de Oriente hasta el Asia y la Acaia; teniendo en su favor entonces legiones agueridas, reyes fieles á su causa, una gran pericia militar, se aprestó á libertar al imperio del in-noble Vitelio.

Estableció en Berita un senado para la discusion de los negocios, llamó nuevamente á los veteranos, ordenó nuevas levás, hizo fabricar armas, acuñar moneda; y dejando Tito á Judea para proseguir las hostilidades, se encaminó á Egipto. Contra Vitelio despachó al comandante del ejército de Siria, Muciano, que se consideraba igual á Vespasiano, y aumentaba cotidianamente sus fuerzas. Levantando impuestos á tránsito llegó á Europa, donde proclamaron las legiones á Vespasiano desde Iliria hasta España y la Bretaña.

Quería el nuevo emperador que las legiones de Iliria avanzaran hasta una legua de Aquilea, ocupando los Alpes Pannonios para penetrar en Italia cuando tuvieran otras fuerzas en

su apoyo; entre tanto debia cruzar la escuadra por el Mediterráneo con el fin de que reducida por hambre la península se entregara sin efusion de sangre. Pero Antonio Primo persuadió al ejército de Iliria á bajar los Alpes sin hacer alto en Aquilea; fueron sorprendidas las ciudades de Altino, de Este, de Padua, de Vicenza, así como la floreciente Verona, lo cual interceptó á Vitelio las comunicaciones con la Germania y con la Rethia. Este ahuyentaba todo desvelo saboreando buenos platos, y como no creia tan inminente el peligro, se figuró que bastaria distribuir algunas tropas en las diferentes ciudades para tenerlas á raya. No obstante, cuando se vió amenazado de cerca se preparó á la lucha y cifró toda su esperanza en las legiones de Germania; pero le hizo traicion Cœcina, jefe de las tropas. La escuadra de Rávena proclamó á Vespasiano. Por último, se dió una batalla bajo los muros de Cremona, y treinta mil vitelianos fueron muertos por compatriotas y amigos. Un hijo inmoló á su propio padre, á quien reconoció mientras le despojaba, y despues de suplicarle que no le maldijera, le cavó su sepultura. Una vez tomado el campamento de los vitelianos fué asediada Cremona, y despues de una tenaz resistencia alcanzaron salvar la vida sus moradores; pero aunque Antonio Primo deseaba ardientemente perdonar á una ciudad ceñida de habitaciones deliciosas, llena de multitud de gentes atraídas por una féria solemne y poseedora de tantas riquezas, no pudo refrenar la sed de botín avivada por un inveterado odio. Cremona fué saqueada por espacio de cuatro dias y destruida casi totalmente. Irritado Primo de la conducta de los soldados, les prohibió retener á ningun cremonés preso, y para obedecerle les quitaron la vida.

Deseoso Valente de restablecer la propicia suerte bajo las banderas de Vitelio concibió el proyecto (y hubiera sido su realizacion terrible) de pasar de la Etruria á la Galia, de subevarla como tambien á Germania, y preparar á Vespasiano una resistencia vigorosa. Pero una tempestad le arrojó sobre Monaco, donde sabedor que las Galias habian prestado juramento á Vespasiano, de que España y Bretaña vacilaban en su fidelidad, licenció sus tropas y anduvo errante hasta las inmediaciones de Marsella, donde fué

preso. Entre tanto Vitelio imaginaba remediar el peligro, ocultándolo, error comun tambien á otros tiempos. ¡Desventurado del que hubiera dicho cerca del emperador una sola palabra de las desastrosas noticias que circulaban entonces! Enviaba espías de descubierta al campamento de Vespasiano, y cuando regresaban, les hacia dar muerte para que guardaran silencio; al mismo tiempo designaba los cónsules para diez años, conferia el derecho de ciudadanía á extranjeros con amplias concesiones, y en los salones de Roma, en los vergeles de Aricia, olvidando lo pasado, lo presente y lo venidero, comia, bebia y se entregaba á la lujuria. Habiendo aspirado en vano el centurion Julio Aprestis á sacarle de su letargo, le pidió permiso para ir á cerciorarse por sus propios ojos de la fuerza y de la actitud del enemigo. Lo obtuvo, y fué en busca de Primo, á quien declaró el objeto que allí le guiaba. Despues de haber visto arruinada Cremona, prisioneras las legiones, y el campamento poderosamente defendido, volvió á dar cuenta de todo á Vitelio; y hallándole incrédulo, se suicidó para dar testimonio de la veracidad de su relato. ¡Tan poco caso se hacia entonces de la vida!

Por último, el emperador envió á ocupar los desfiladeros del Apenino; luego, haciéndose cada vez más amenazador el peligro, juntó su ejército con una comitiva de senadores, de lo cual resultaba que aparecia más despreciable. Pidiendo consejos ora al uno, ora al otro, á cada noticia de la aproximacion del enemigo, se le veia caer en desaliento y beber hasta embriagarse. Cuando supo que se habia pasado á su rival la escuadra de Misena, tornó á Roma, donde para enternecer al pueblo, hizo uso de ruegos, de lágrimas, de promesas, prodigándolas tanto más por la imposibilidad de cumplirlas; así reunió una turba de gentes vagas, á quien dió el nombre de legion. Mas no bien cruzó Primo el Apenino con la velocidad del rayo, desertaron á bandadas, con especialidad al ver la ensangrentada cabeza de Valente, última esperanza de los vitelianos.

Despues de haber contravenido á las órdenes expresadas de Vespasiano, derramando torrentes de sangre, se pensó en poner coto á la matanza, con instar á Vitelio á que renunciara el imperio; no descubriendo ningun resquicio fa-



vorable, él estaba inclinado á la renuncia, pero se opuso el pueblo. Entonces tenía Roma por gobernador á Sabino, hermano de Vespasiano, quien á pesar de los consejos de la ambicion doméstica, de las exhortaciones de los magnates, y del deseo de terminar la guerra, permanecia fiel á Vitelio. Sólo cuando se divulgó la noticia de su abdicacion se decidió á empuñar las armas; pero poseido el pueblo de un frenesí repentino, le cercó en el Capitolio, donde le atacó á hierro y fuego: incendiáronse las vecinas casas, y penetrando los vitelianos á través de las llamas en el Capitolio, mientras ardian los pórticos, pasaron á cuchillo á cuantos les pusieron resistencia. Sabino fué asesinado por aquel pueblo furioso, que sacudiendo sin saber cómo su apatía, consagraba sumo fervor á defender una causa que no era la suya, y á un emperador, á quien debia arrastrar al Tiber al dia siguiente.

Al saber Primo el asesinato de Sabino y el incendio del Capitolio se pone en marcha contra Roma. Aunque Vitelio se siente envalentado por el celo de la muchedumbre, le envía con las vestales un embajador á fin de reclamar que consagre á la reflexion un solo dia, pero no lo consigue, y son arrollados dentro de la ciudad sus parciales. En breve es tomada; pero la batalla continúa por mucho tiempo en las calles, donde perecen cincuenta mil hombres. Hallando el populacho una salvaguardia en su vileza, aplaudia ó silbaba á los combatientes como hacia en los espectáculos; si alguno de ellos se refugiaba dentro de una casa, se divertia rechazándole de allí, gritando como si estuviese tocado de locura: ¡Muera!

Abandonado Vitelio, tentó emprender la fuga: despues se escondió en una pocilga, donde no tardó en ser descubierto. Entonces, desgarrada su vestidura, con una soga al cuello y atados los brazos á la espalda, fué paseado por la ciudad en medio de los aullidos de aquel populacho que le adoraba dos dias antes. A todos los ultrajes con que le abrumaban, no respondia más que estas expresiones: *He sido, á pesar de todo, emperador vuestro*. Pocos momentos despues habia dejado de existir (20 de Diciembre de 69). Era el octavo emperador de Roma, y el sexto que perecia de muerte violenta.

Su hermano Lucio Vitelio, que mandaba un

ejército en Terracina, depuso las armas y fué muerto. Así acabó la guerra sin que por eso sobreviniera la paz. Perseguian los soldados vencedores á los del opuesto bando, les quitaban la vida donde quiera que los encontraban, y bajo pretexto de buscarlos penetraban en las casas, presas á la sazón de sus rapiñas; el populacho les servia de guía y se mostraba no ménos codicioso que ellos. Primo se servia del mando para robar más que los otros. Domiciano, hijo del emperador, habia huido durante el popular tumulto, disfrazado de sacerdote de Isis, y ya reconocido por César, se engolfaba en toda especie de fealdades. Por todas partes se cometian desórdenes y delitos, y reducida al último apuro la pobre Italia, apenas tenía aliento para proclamar al nuevo Augusto Vespasiano.

#### CAPITULO VI.

Vespasiano. — Exterminio de los Judíos.

La familia Flavia, que no era antigua ni ilustre, procedia de Reato (*Rieti*). Tito Flavio, abuelo de Vespasiano, peleó durante las guerras civiles, y despues de la batalla de Farsalia regresó á su país natal en clase de recaudador de impuestos. Su hijo, que tenía el mismo nombre, desempeñó igual empleo en muchas ciudades de Asia con reputacion de hombre honrado. En seguida se retiró al país de los helvecios, donde se enriqueció prestando dinero, y tuvo de una tal Vespasia á Sabino y á Vespasiano. Este último, nacido el 17 de Noviembre del año 9, fué elevado por Calígula á la categoría de senador. Habiendo servido con honor, fué posteriormente cónsul, despues procónsul en Africa, y tomó por esposa á una esclava africana, llamada Flavia Domitila. Debió sus adelantos á su talento para la lisonja. Cuando Calígula se hizo pasar por vencedor de los germanos, festejó su triunfo con extraordinarios juegos. Solicitó entonces que los ciudadanos acusados de traicion fueran ejecutados públicamente y privados de sepultura; dió gracias en pleno Senado porque Calígula le habia convidado á una cena. Sirvió á Neron en Africa con sobrado celo para atraerse la animadversion pública. A su retorno se halló en tan mala situacion de fortuna, que empeñó sus tierras á su hermano, y

para subsistir apeló á medios poco decorosos. Pero corrió gran peligro á causa de haber cedido al sueño mientras Neron leia versos de su cosecha. Retirado al campo, aguardaba á cada instante siniestras noticias, cuando se vió elegido para hacer la guerra en Judea. La oscuridad de sus abuelos, que no infundia á Neron recelo alguno, le valió en aquel mando, en el cual se mostró excelente capitán, animoso en sobrellevar las fatigas, y pronto siempre á participar de los padecimientos de los soldados. Deshonrábale, no obstante, una avaricia, que contrastaba singularmente en la prodigalidad rapaz de su tiempo.

Fué el único que cambió para hacerse mejor cuando ascendió al imperio. Apenas supo la muerte de Vitelio despachó viveres á Italia, donde se dejaba sentir cruelmente la carestía. Confirió gobiernos y mandos á sus amigos, hombres experimentados tanto en la vida privada como en los campamentos, y no se vió en la necesidad de mirar á los soldados con liberalidades intempestivas. Licinio Muciano, conjunto de buenas y de malas cualidades, afeminado y activo, orgulloso y afable, ávido de placeres é indomable en la fatiga, fué por él investido con un poder ilimitado; desplegando en Roma una severidad oportuna, puso bajo buen pié las cosas hasta que Vespasiano, el cual hacia milagros en Alejandria, y encontraba quienes le prestaran asenso, llegó á Italia.

Si en el momento de su eleccion acudió tal muchedumbre á rendirle homenaje en el vasto recinto de Alejandria, se puede calcular la que afluyó en torno á su llegada á la metrópoli del mundo. Cada cual se lisonjaba de verle restablecer la disciplina, de restituir al imperio su esplendor y pujanza; todos esperaban de él lo que esperan los pueblos siempre que mudan de soberano. Con efecto, reprimió la licencia militar, no siendo pródigo con los soldados y acostumbándoles á un régimen severo. Asistia á las deliberaciones del Senado, é invitaba á cada uno á que emitiera su opinion francamente. Investido con la censura, elevó á mil el número de senadores, de los cuales apenas habian sobrevivido doscientos á las matanzas anteriores; degradó á los caballeros que se habian hecho indignos de aquella categoría, mejoró la administracion de justicia, se afaná por borrar

las huellas del deplorable incendio, que habia desolado á Roma, y recogió tres mil láminas de bronce, en que estaban trazados antiguos plebiscitos, tratados de paz y de alianza, privilegios y diferentes acontecimientos notables.

A pesar de que volvia de Oriente conservó sencillas costumbres, y aunque habituado á la vida de los campamentos, lloraba siempre que habia necesidad de condenar á alguno á muerte. Hablaba á menudo de lo humilde de su nacimiento, y se mofaba de los que pretendian hacerle descender de Hércules, teniendo en muy poco los títulos, costó mucho trabajo inducirle á que admitiera el de padre de la patria. Todos tenían cerca de él el libre acceso; protegió y casó á la hija de Vitelio dándole un buen dote, y sobrellevó pacientemente al jactancioso Muciano, que suponía haberle dado el imperio. Con no menor sosiego toleró los epigramas fulminados contra su avaricia, y las invectivas de los filósofos, á quienes habia condenado á destierro. Aunque desterrado con los demas el cinico Demetrio, no solo permaneció dentro de Roma, sino que osó comparecer en su presencia y dirigirle mil injurias: *Todo lo haces, le respondió, para que te quite la vida; pero yo no mato á un perro que ladra*. No conservó ningun recuerdo de las afrentas de que en tiempo de Neron habia sido blanco, ni envió al suplicio á ninguno de los que conspiraron en contra suya, ni prestó oídos á los delatores. Habiéndole prevenido alguno que desconfiara de Mecio Pomposiano, porque habia nacido bajo el influjo de una constelacion que le prometia el imperio, le elevó al consulado, diciendo: *Hará memoria de este acto de amistad cuando suba al trono*.

A fin de equilibrar las rentas, restableció los impuestos suprimidos por Galba, y aumentó los demas; creó otros nuevos y entre ellos uno sobre la orina. Como Tito la manifestase lo que habia en esto de innoble, Vespasiano le dió á oler el dinero que provenia de esre tributo, preguntándole *¿Huele mal por ventura?* Anunciándole cierto dia los diputados de una ciudad que su Senado habia decretado erigirle una estatua de gran precio: *Hé aquí la base, les respondió tendiendo la mano: bastará con que pongais encima el valor de vuestra estatua*. Ne habia delito alguno de que no fuera fácil